

MEMORIAS  
DE UNA JOVEN FORMAL

SIMONE DE BEAUVOIR

MEMORIAS  
DE UNA JOVEN  
FORMAL



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Mémoires d'une jeune fille rangée*

Traducción de Silvana Bullrich

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: istockphoto

Primera edición en pocket edhasa: agosto de 1989

Segunda edición revisada: marzo de 2018

© Editions Gallimard, 1958

© de la presente edición: Edhasa, 1983, 2018

Diputación, 262, 2ª<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2177-7

Impreso en CPI

Depósito legal: B. 3904-2018

Impreso en España

# PRIMERA PARTE

Nací a las cuatro de la mañana el 9 de enero de 1908, en un cuarto con muebles barnizados de blanco que daba al bulevar Raspail. En las fotos de familia tomadas el verano siguiente se ven unas señoras jóvenes con vestidos largos, con sombreros empenachados de plumas de avestruz, señores con sombreros de paja y panamás que le sonríen a un bebé: son mis padres, mi abuelo, tíos, tías, y soy yo. Mi padre tenía treinta años, mi madre veintiuno, y yo era la primogénita. Vuelvo una página del álbum; mamá tiene entre sus brazos un bebé que no soy yo; llevo una falda tableada, una boina, tengo dos años y medio y mi hermana acaba de nacer. Sentí celos, según parece, pero durante poco tiempo. Por muy lejos que vaya en mis recuerdos, me sentía orgullosa de ser la mayor: la primera. Disfrazada de Caperucita Roja, llevando en mi cesta una torta y un tarro de manteca me sentía más interesante que un lactante preso en su cuna. Tenía una hermanita: pero este angelote no me tenía a mí.

De mis primeros años sólo encuentro una impresión confusa: algo rojo y negro y cálido. El apartamento era rojo, rojo el alfombrado, el comedor estilo Enrique II, la seda estampada que tapaba las puertas de cristal y en el escritorio de papá las cortinas de terciopelo; los muebles de ese antro sagrado eran de peral ennegrecido; yo me acurrucaba en el nicho que se abría bajo el escritorio y me enroscaba en las tinieblas; estaba todo oscuro, hacía calor y el rojo de la moqueta gritaba dentro de mis ojos. Así pasó toda mi primera infancia. Yo miraba, palpaba, aprendía el mundo, a cubierto.

Le debía a Louise la seguridad cotidiana. Ella me vestía por la mañana, me desvestía de noche y dormía en el mismo cuarto que yo. Joven, sin belleza, sin misterio, puesto que sólo existía –al menos yo lo creía– para velar sobre mi hermana y sobre mí, nunca elevaba la voz, nunca me reprendía sin motivo. Su mirada tranquila me protegía mientras yo jugaba con la arena en el Luxembourg, mientras acunaba a mi muñeca Blondine bajada del cielo una noche de Navidad con un baúl que contenía su ajuar. Al caer la noche se sentaba junto a mí, me mostraba imágenes y me contaba cuentos. Su presencia me resultaba tan necesaria y me parecía tan natural como la del suelo bajo mis pies.

Mi madre, más lejana y más caprichosa, me inspiraba sentimientos amorosos; yo me instalaba sobre

sus rodillas, en la dulzura perfumada de sus brazos, y cubría de besos su piel de mujer joven; a veces, de noche aparecía junto a mi cama, hermosa como una aparición, con su vestido de muselina verde adornado con una flor malva o con un centelleante vestido de lentejuelas negras. Cuando estaba enojada me miraba con ira. Yo temía ese fulgor tempestuoso que afeaba su rostro; tenía necesidad de su sonrisa.

A mi padre lo veía poco. Se iba todas las mañanas «a la Audiencia», llevando bajo el brazo un portadocumentos lleno de cosas intocables llamadas expedientes. No llevaba ni barba ni bigote, sus ojos eran celestes y alegres. Cuando volvía al anochecer le traía a mamá violetas de Parma; se besaban y reían. Papá también reía conmigo, me hacía cantar: *Era un auto gris...* o *Tenía una pierna de madera*; me dejaba boquiabierto sacando de mi nariz monedas de un franco. Me divertía y me alegraba verlo ocuparse de mí; pero no tenía en mi vida un papel muy definido.

La principal función de Louise y de mamá era alimentarme; su tarea no era siempre fácil. Por la boca el mundo entraba en mí más íntimamente que por mis ojos y mis manos. Yo no lo aceptaba entero. Las insulsas cremas de trigo, las sopas de avena, las pastas lechosas me arrancaban lágrimas; las grasas untuosas, el misterio blanduzco de los mariscos me sublevaban; sollozos, gritos, vómitos, mis repugnancias eran tan obstinadas que renunciaron a combatir las. En cam-

bio, aprovechaba apasionadamente el privilegio de la infancia para quien la belleza, el lujo, la felicidad, son cosas que se comen; ante las confiterías de la calle Vavin quedaba petrificada, fascinada por el brillo luminoso de las frutas confitadas, los oscuros reflejos de los dulces de fruta, la flora abigarrada de los caramelos ácidos; verde, rojo, naranja, violeta: yo codiciaba los colores por sí mismos tanto como el placer que me prometían. A menudo tenía la suerte de que mi admiración terminara en placer. Mamá machacaba peladillas en un mortero, mezclando el polvo granulado a una crema amarilla; el color rosado de los caramelos se degradaba en matices exquisitos, hundía mi cuchara en una puesta de sol. Las noches en que mis padres recibían, los espejos del salón multiplicaban las luces de una araña de cristal. Mamá se sentaba ante el piano de cola, una señora vestida de tul tocaba el violín y un primo el violoncelo. Yo hacía crujir entre los dientes la cáscara de una fruta confitada, una pompa de luz estallaba contra mi paladar con gusto de casis o de piña; poseía todos los colores y todas las llamas, los chales, los diamantes, los encajes; poseía toda la fiesta. Los paraísos donde brota la leche y la miel nunca me han seducido, pero el color dorado y caliente de las rebanadas de pan con mantequilla me atraía; si este universo en que vivimos fuera totalmente comestible, ¿qué fuerza tendríamos sobre él! Adulta, hubiera querido comer los almendros en

flor, morder en las peladillas del poniente. Contra el cielo de Nueva York las luces de neón parecían golosinas gigantes y me sentí frustrada.

Comer no era solamente una exploración y una conquista, sino el más serio de mis deberes. «Una cucharada para mamá, una para la abuelita... si no comes no crecerás.» Me ponían contra la pared del vestíbulo, trazaban al ras de mi cabeza una raya que confrontaban con otra más antigua; tenía dos o tres centímetros más, me felicitaban, yo me enorgullecía; a veces, sin embargo, me asustaba. El sol acariciaba el suelo encerado y los muebles pintados de blanco. Yo miraba el sillón de mamá y pensaba: «No podré sentarme sobre sus rodillas». De pronto el porvenir existía y me transformaría en otra que podría decir «Yo», pero yo no sería ya la misma. Presentí todos los rompimientos, los renunciamientos, los abandonos, y la sucesión de mis muertes. «Una cucharada para el abuelito...» Sin embargo, comía y me enorgullecía de crecer; no deseaba seguir siendo un bebé. Debo de haber vivido ese conflicto con intensidad para recordar tan minuciosamente el álbum donde Louise me leía la historia de Carlota. Una mañana Carlota encontró sobre una silla, junto a la cabecera de su cama, un huevo de azúcar rosado casi tan grande como ella: a mí también me fascinaba. Era el vientre y la cuna y, sin embargo, una podía comerlo. Como rechazaba cualquier otro alimento, Carlota se achicaba de día en día, se había

vuelto minúscula: estaba a punto de ahogarse en una cacerola, la cocinera la tiraba por descuido en el cubo de la basura, una rata se la llevaba. La salvaban: asustada, arrepentida, Carlota comía tan glotonamente que se hinchaba como un odre, su madre llevaba a casa del médico a un monstruoso globo. Yo contemplaba con juiciosa apetencia las imágenes que ilustraban el régimen recetado por el doctor, una taza de chocolate, un huevo pasado por agua, una costillita dorada. Carlota recobraba sus dimensiones normales y yo emergía sana y salva de la aventura que me había reducido a feto y me había transformado en matrona.

Seguía creciendo y me sabía condenada al desierto: buscaba auxilio en mi imagen. Por la mañana, Louise me enroscaba el pelo alrededor de un palo y yo miraba con satisfacción en el espejo mi rostro encuadrado de tirabuzones: las morenas de ojos azules no son, según me habían dicho, una especie común y yo ya había aprendido a considerar preciosas las cosas singulares. Me gustaba a mí misma y me agradaba gustar. Los amigos de mis padres alentaban mi vanidad: me alababan cortésmente, me mimaban. Yo me acariciaba contra las pieles, contra los vestidos sedosos de las mujeres: respetaba más a los hombres, sus bigotes, su olor a tabaco, sus voces graves, sus brazos que me levantaban del suelo. Me importaba particularmente interesarles: tonteaba, me agitaba, acechando la palabra que me arrancase de mis limbos y me

hiciese existir, de veras, en el mundo de ellos. Una noche, ante un amigo de mi padre, rechacé con terquedad un plato de ensalada cocida. En una tarjeta postal enviada durante las vacaciones, preguntó con ingenio: «¿Le gusta aún a Simone la ensalada cocida?». La letra escrita tenía a mis ojos aún más prestigio que la palabra: yo exultaba. Cuando volvimos a encontrarnos con el señor Dardelle en el atrio de Notre-Dame-des-Champs, yo esperé bromas deliciosas; intenté provocarlas: no hubo eco. Insistí; me hicieron callar. Descubrí con despecho lo efímero de la gloria.

Por lo general esas decepciones me eran evitadas. En casa el menor acontecimiento suscitaba vastos comentarios; escuchaban con gusto mis historias, repetían mis ocurrencias. Abuelos, tíos, tías, primos, una abundante familia me garantizaba mi importancia. Además todo un pueblo sobrenatural se inclinaba sobre mí con solicitud. En cuanto supe caminar mamá me llevó a la iglesia; me había mostrado, de cera, de yeso, pintadas sobre las paredes, imágenes del niño Jesús, de Dios, de la Virgen, de los ángeles, uno de los cuales estaba, como Louise, especialmente destinado a mi servicio. Mi cielo estaba estrellado de una constelación de ojos benévolos.

En la tierra, la madre y la hermana de mamá se ocupaban activamente de mí. Mi abuela tenía mejillas rosadas, pelo blanco, llevaba pendientes de brillantes; chupaba pastillas de goma, duras y redondas como bo-

tones de botines, cuyos colores transparentes me encantaban; yo la quería porque era vieja; y quería a tía Lili porque era joven: vivía en casa de sus padres, como una niña, y me parecía más cercana que los demás adultos. Rojo, calvo, la barbilla cubierta de una espuma grisácea, mi abuelo me hacía saltar concienzudamente sobre la punta de su pie, pero su voz era tan rugosa que uno nunca sabía si bromeaba o si rezongaba. Yo almorzaba en su casa todos los jueves; empanadillas, *blanquette*, flan con nata, mi abuela me mimaba. Después de almorzar, el abuelo dormitaba en un sillón de tapicería, y yo jugaba debajo de la mesa a juegos que no hacen ruido. Él se iba. Entonces mi abuela sacaba del aparador el trompo metálico sobre el cual colocábamos, mientras giraba, redondeles de cartón multicolores, en el trasero de un hombrecito de plomo que ella llamaba «Don Cólico» encendía una cápsula blanca de la cual salía una serpentina oscura. Jugaba conmigo al dominó, a los barcos, a los palillos. Yo me ahogaba un poco en ese comedor más abarrotado que una trastienda de anticuario; en las paredes, ni un espacio vacío: tapicerías, platos de loza, cuadros de colores borrosos; un pavo yacía en medio de un montón de repollos; los veladores estaban cubiertos de terciopelo, de felpa, de encajes de guipur; las aspidistras aprisionadas en maceteros de cobre me entristecían.

A veces tía Lili me llevaba a pasear; no sé por qué azar me llevó varias veces al concurso hípico. Una

tarde, sentada a su lado en una tribuna de Issy-les-Moulineaux, vi balancearse en el cielo biplanos y monoplanos. Nos entendíamos bien. Uno de mis más lejanos y más agradables recuerdos es una temporada que pasé con ella en Châteaouvillain, en Haute-Marne, en casa de una hermana de la abuelita. Habiendo perdido mucho tiempo atrás a su hija y a su marido, la vieja tía Alice se desmoronaba sola y sorda en una casona rodeada de jardín. La pequeña ciudad con sus calles estrechas, sus casas bajas, parecía sacada de uno de mis libros de imágenes; los postigos adornados con tréboles y corazones estaban sujetos a la pared por hierros que figuraban pequeños personajes; los llamadores tenían forma de manos; una puerta monumental se abría sobre un parque por el cual corrían gamos; los escaramujos se enroscaban a una torre de piedra. Las viejas solteronas de la aldea me agasajaban. La señorita Élise me daba pan de especias en forma de corazón. La señorita Marthe poseía un ratón mágico encerrado en una caja de vidrio; había que introducir por una ranura un cartón sobre el cual había una pregunta escrita; el ratón giraba y enderezaba su hocico hacia un casillero; la respuesta estaba impresa sobre una hoja de papel. Lo que más me maravillaba eran los huevos decorados con dibujos al carbón, que ponían las gallinas del doctor Masse; yo los recogía con mis propias manos, cosa que me permitió más tarde contestar a una amiguita escéptica: «¡Los reco-

gí yo misma!». En el jardín de tía Alice me gustaban los tejos bien podados, el piadoso olor del boj, y bajo una glorieta, un objeto tan deliciosamente equívoco como un reloj de carne: una roca que era un mueble, una mesa de piedra. Una mañana hubo una tormenta, yo jugaba con tía Lili en el comedor cuando el rayo cayó sobre la casa; era un gran acontecimiento que me llenó de orgullo: cada vez que me ocurría algo tenía la impresión de ser alguien. Conocí un placer más sutil. Sobre la pared del edificio crecían clemátides; una mañana tía Alice me llamó con voz seca; una flor yacía en el suelo: me acusó de haberla cortado. Tocar las flores del jardín era un crimen cuya gravedad yo no ignoraba; pero yo no lo había cometido y protesté. Tía Alice no me creyó. Tía Lili me defendió fogosamente. Era la delegada de mis padres, mi único juez; tía Alice con su rostro lleno de lunares se parecía a las hadas malas que persiguen a los niños; yo asistí complacida al combate que las fuerzas del bien libraban en mi favor contra el error y la injusticia. En París, padres y abuelos se pusieron de mi parte con indignación y saboreé el triunfo de la virtud.

Protegida, mimada, divertida con la incesante novedad de las cosas, yo era una niña muy alegre. Sin embargo, algo andaba mal, puesto que unas rabietaas terribles me arrojaban al suelo, amoratada y convulsionada. Tengo tres años y medio, almorzamos en la terraza soleada de un gran hotel —era en Divonneles—

Bains—; me dan una ciruela roja y empiezo a pelarla. «No», dice mamá, y caigo chillando sobre el suelo. Grito a lo largo del bulevar Raspail porque Louise me saca del square Boucicaut donde estaba haciendo flanes de arena. En esos momentos ni la mirada tormentosa de mamá, ni la voz severa de Louise, ni las intervenciones extraordinarias de papá me alcanzaban. Chillaba tan fuerte, durante tanto tiempo, que en el Luxembourg me tomaron varias veces por una niña mártir. «¡Pobrecita!», dijo una señora tendiéndome un caramelo. Se lo agradecí con un puntapié. Ese episodio fue muy comentado; una tía obesa y bigotuda que manejaba la pluma lo contó en *La Poupée modèle*. Yo compartía la reverencia que inspiraba a mis padres el papel impreso. A través del relato que me leyó Louise, me sentí un personaje; poco a poco, sin embargo, sentí cierto malestar. «La pobre Louise lloraba a menudo amargamente añorando sus ovejas», había escrito mi tía. Louise nunca lloraba, no poseía ovejas, me quería: ¿y cómo se puede comparar a una niña con unos corderos? Aquel día sospeché que la literatura sólo mantiene con la verdad unas relaciones problemáticas.

A menudo me he interrogado sobre la razón y el sentido de mis rabietas. Creo que se explican en parte por una vitalidad fogosa y por un extremismo al cual nunca he renunciado del todo. Llevaba mis repugnancias hasta el vómito, mis deseos hasta la obse-

sión, un abismo separaba las cosas que me gustaban de las que no me gustaban. No podía aceptar con indiferencia la caída que me precipitaba de la plenitud al vacío, de la buenaventuranza al horror; si la consideraba fatal, me resignaba; nunca me enojé contra un objeto. Pero me negaba a ceder a esa fuerza impalpable: las palabras; lo que me sublevaba era que una frase lanzada al descuido: «Debes hacerlo..., no debes hacerlo», arruinara en un instante mis empresas y mis alegrías. Lo arbitrario de las órdenes y de las prohibiciones contra las que chocaba denunciaba su inconsistencia; ayer pelé un melocotón: ¿por qué no esa ciruela?, ¿por qué dejar mis juegos justo en este minuto? En todas partes encontraba obligaciones, en ninguna parte su necesidad. En el corazón de la ley que me abrumaba con el implacable rigor de las piedras, yo entrevía una ausencia vertiginosa: me sumergía en ese abismo, la boca desgarrada por los gritos. Aferrándome al suelo, pataleando, oponía mi peso de carne al etéreo poder que me tiranizaba; lo obligaba a materializarse; me encerraban en un cuarto oscuro entre escobas y plumeros; entonces podía golpear con los pies y las manos en muros verdaderos, en vez de debatirme contra voluntades inasibles. Yo sabía que esa lucha era vana; desde el momento en que mamá me había arrebatado de las manos la ciruela sangrienta, en que Louise había guardado en su bolsa mi pala y mis moldes, yo estaba vencida; pero no me rendía. Cum-

plía el trabajo de la derrota. Mis sobresaltos, las lágrimas que me cegaban, quebraban el tiempo, borraban el espacio, abolían a la vez el objeto de mi deseo y los obstáculos que me separaban de él. Me hundía en la noche de la impotencia; ya nada quedaba salvo mi presencia desnuda y ella explotaba en largos lamentos.

Los adultos no solamente contrariaban mi voluntad, sino que me sentía la presa de sus conciencias. A veces, éstas hacían el papel de un amable espejo; también tenían el poder de embrujarme; me transformaban en animal, en cosa. «¡Qué lindas pantorri-llas tiene esta chica!», dijo una señora que se inclinó para palparme. Si yo hubiera podido decir: «¡Esta señora es una tonta!, me considera como si fuera un perro», me habría salvado. Pero a los tres años no tenía ningún recurso contra esa voz melosa, esa sonrisa golosa, salvo la de arrojarme gritando a la ace-rra. Más adelante aprendí algunas defensas; pero mis exigencias aumentaron: bastaba para herirme el que me trataran como a un bebé; limitada en mis cono-cimientos y en mis posibilidades, no por eso dejaba de considerarme una verdadera persona. En la plaza Saint-Sulpice, de la mano de mi tía Marguerite que no sabía hablarme muy bien, me pregunté de pron-to: «¿Cómo me ve?», y sentí un agudo sentimiento de superioridad: porque yo conocía mi interior y ella lo ignoraba; engañada por las apariencias, no sospechaba, viendo mi cuerpo inacabado, que dentro de mí nada

faltaba; me prometí no olvidar cuando fuera mayor que a los cinco años uno es un individuo completo. Era lo que negaban los adultos cuando me demostraban condescendencia y me ofendían. Tenía susceptibilidades de inválido. Si la abuelita hacía trampa en las cartas para hacerme ganar, si tía Lili me proponía una adivinanza demasiado fácil, entraba en trance. A menudo sospechaba que las personas mayores representaban comedias; las apreciaba demasiado para imaginar que se engañaran a sí mismas: suponía que se las inventaban a propósito para burlarse de mí. Al final de una comida de cumpleaños el abuelito quiso hacerme brindar: tuve un ataque.

Un día que había corrido, Louise tomó un pañuelo para secar mi frente bañada en sudor: me debatí, huraña; su gesto me había parecido falso. En cuanto presentía, razonablemente o no, que abusaban de mi ingenuidad para manejarme, me rebelaba.

Mi violencia intimidaba. Me reñían, me castigaban un poco, era raro que me abofetearan. «Cuando la tocan, Simone se pone morada», decía mamá. Uno de mis tíos, exasperado, se atrevió a hacerlo: me quedé tan estupefacta que mi rabieta se paró en seco. Quizá hubieran logrado dominarme fácilmente, pero mis padres no tomaban mis iras por lo trágico. Papá, parodiando no sé a quién, se divertía en repetir: «Esta chica es insociable». También decían, no sin cierto orgullo: «Simone es terca como una mula».

Saqué ventaja. Tenía caprichos; desobedecía por el mero placer de no obedecer. En las fotos de familia, saco la lengua, vuelvo la espalda: a mi alrededor, todos ríen. Esas leves victorias me alentaron a no considerar como insalvables las reglas, los ritos, la rutina: ellas son la raíz de cierto optimismo que sobrevivió a todos los adiestramientos.

En cuanto a mis derrotas, no engendraban en mí ni humillación ni resentimiento; cuando, cansada de llantos y gritos terminaba por capitular, estaba demasiado agotada para rumiar mis penas: a menudo hasta había olvidado la razón de mi rabia. Avergonzada de un exceso para el cual ya no encontraba en mí justificación, sólo sentía remordimientos; se disipaban pronto porque no me costaba obtener mi perdón. Después de todo, mis furias compensaban lo arbitrario de las leyes que me esclavizaban; me evitaron hundirme en silenciosos rencores. Nunca discutí seriamente la autoridad. Las conductas de los adultos sólo me parecían sospechosas en la medida en que reflejaban el equívoco de mi condición infantil: era contra ésta en efecto que yo me sublevaba. Pero aceptaba sin la menor reticencia los dogmas y los valores que me proponían.

Las dos categorías mayores sobre las cuales se ordenaba mi universo eran el bien y el mal. Yo moraba en la región del bien, donde reinaban –indisolublemente unidas– la dicha y la virtud. Tenía la experien-

cia de dolores injustificados; solía golpearme, lastimarme; una erupción me había desfigurado: un médico quemaba mis verrugas con nitrato de plata y yo gritaba. Pero esos accidentes se solucionaban pronto y no hacían tambalear mi credo: las alegrías y las penas de los hombres corresponden a sus méritos.

Viviendo en la intimidad del bien, supe enseguida que éste comprendía matices y grados. Yo era una niña buena y cometía faltas; mi tía Alice rezaba mucho, seguramente iría al cielo, pero se había mostrado injusta conmigo. Entre las personas que yo debía amar y respetar había algunas que mis padres criticaban sobre ciertos puntos. Ni siquiera la abuelita y el abuelito escapaban a sus críticas; seguían enemistados con unos primos que mamá veía a menudo y que me parecían muy simpáticos. La palabra enemistad, que evocaba ovillos inextricablemente embarullados, me disgustaba: ¿por qué se enemista la gente?, ¿cómo?; me parecía lamentable estar enemistado. Yo adoptaba totalmente la causa de mamá. «¿Adónde fueron ayer?», preguntaba tía Lili. «No se lo diré, mamá me lo ha prohibido.» Ella cambiaba con mi madre una larga mirada. A veces hacían comentarios desfavorables: «¿Entonces, tu mamá está siempre en la calle?». Su malevolencia los desprestigiaba sin rozar a mamá. Por otra parte no alteraba en nada el afecto que sentía por ellos. Me parecía natural y en cierto sentido satisfactorio que esos personajes secundarios fuesen menos

irreprochables que las divinidades supremas: Louise y mis padres tenían el monopolio de la infalibilidad.

Una espada de fuego separaba el bien de mal; nunca había visto a este último frente a frente. A veces la voz de mis padres se endurecía; esa indignación, esa ira, me permitían adivinar que aun entre las personas que los rodeaban había almas verdaderamente negras: no sabía cuáles e ignoraba sus crímenes. El mal guardaba sus distancias. Yo sólo imaginaba esos secuaces a través de figuras míticas: el diablo, el hada Carabosse, las hermanas de la Cenicienta; al no haberlos encontrado en carne y hueso los reducía a su pura esencia; el malo pecaba como quema el fuego, sin excusa, sin recurso; el infierno era su lugar natural, la tortura su destino y me hubiera parecido sacrílego apiadarme de sus tormentos. A decir verdad, los borceguíes de hierro candente con que los enanos calzaban los pies de la madrastra de Blancanieves, las llamas donde ardía Lucifer, nunca evocaban en mí la imagen de una carne sufriente. Ogros, brujas, demonios, madrastras y verdugos, esos seres inhumanos simbolizaban un poder abstracto y sus suplicios ilustraban abstractamente su justa derrota.

Cuando fui a Lyon con Louise y mi hermana abrigué la esperanza de afrontar al enemigo a rostro descubierto. Nos habían invitado unos primos lejanos que vivían en los alrededores de la ciudad, en una casa rodeada de un gran parque. Mamá me advirtió que

los chicos Sirmione ya no tenían madre, que no siempre eran juiciosos y no recitaban bien sus oraciones; no debía preocuparme si se reían de mí cuando rezaba. Creí comprender que su padre, un viejo profesor de medicina, se burlaba de Dios. Me envolví en la blanca túnica de santa Blandine arrojada a los leones: sufrí una decepción, pues nadie me atacó. El tío Sirmione mascullaba al salir de casa: «Hasta luego; que Dios os bendiga». Por lo tanto no era un pagano. Mis primos —eran siete y tenían entre diez y veinte años— se conducían evidentemente de manera insólita; por las rejas del parque lanzaban piedras a los chicos de la calle, se peleaban, atormentaban a una huerfanita idiota que vivía con ellos; de noche, para aterrorizarla, sacaban del consultorio de su padre un esqueleto cubierto con una sábana. Aunque me desconcertaban, esas anomalías me parecían benignas; no descubrí en ellas la insondable negrura del mal. Jugué apaciblemente entre los macizos de hortensias y el reverso del mundo permaneció oculto para mí.

Una noche, sin embargo, creí que la tierra se había movido bajo mis pies.

Mis padres habían venido a reunirse con nosotros. Una tarde Louise nos llevó a mi hermana y a mí a una *kermesse* donde nos divertimos mucho. Nos quedamos hasta el anochecer. Volvíamos conversando, riendo; yo mordisqueaba uno de esos objetos falsos que tanto me gustaban —animales de regaliz— cuando mamá

apareció en un recodo del camino. Llevaba la cabeza envuelta en una bufanda de muselina verde y tenía el labio superior hinchado: ¿qué horas de volver eran ésas? Ella era la mayor, era la «señora», tenía derecho a reprender a Louise, pero no me gustó su mueca, ni su voz: no me agradó ver encenderse en los ojos pacientes de Louise algo que no era amistoso. Aquella noche —u otra noche pero en mi recuerdo los dos incidentes están estrechamente ligados— me encontré en el jardín con Louise y otra persona que no identifico; estaba oscuro; en la fachada sombría brillaba una ventana iluminada y abierta; se veían dos siluetas y se oían voces agitadas: «El señor y la señora ya están riñendo», dijo Louise. Entonces el universo se tambaleó. Imposible que papá y mamá fuesen enemigos, que Louise fuera la enemiga de ellos; cuando lo imposible ocurre, el cielo se mezcla con el infierno, las tinieblas se confunden con la luz. Me hundí en el caos que precedió a la Creación.

Esa pesadilla no duró: al día siguiente mis padres tenían su sonrisa y su voz de todos los días. El comentario de Louise me quedó en el corazón pero lo deseché: había muchos pequeños hechos que quedaban así amortajados en la bruma.

Esa aptitud para desechar acontecimientos que, sin embargo, sentía con bastante fuerza como para no olvidarlos nunca, es uno de los rasgos que más me impresionan cuando rememoro mis primeros años.

El mundo que me enseñaban se ordenaba armoniosamente en función de coordenadas fijas y de categorías inamovibles. Las nociones neutras habían sido desterradas: no había término medio entre el traidor y el héroe, el renegado y el mártir; todo fruto no comestible era venenoso; me aseguraban que yo «quería» a todos los miembros de mi familia, incluso a mis tías abuelas menos atractivas. En cuanto empecé a balbucear, mi experiencia desmintió ese esencialismo. Lo blanco rara vez era íntegramente blanco; la negrura del mal se esfumaba: sólo percibía tonos grisáceos. Pero en cuanto trataba de asir los matices indecisos, tenía que emplear palabras y me encontraba arrojada en el universo de conceptos de aristas duras. Lo que veía con mis ojos, lo que sentía de veras, mal que bien debía entrar en esos marcos; los mitos y los clisés prevalecían sobre la verdad: incapaz de fijarla, la dejaba deslizarse en la insignificancia.

Puesto que no lograba pensar sin el auxilio del lenguaje, suponía que éste cubría exactamente la realidad; estaba iniciada por los adultos a los que consideraba depositarios de lo absoluto. Señalando una cosa exprimían su sustancia como se exprime el jugo de una fruta. Entre la palabra y su objeto yo no concebía ninguna distancia donde pudiera deslizarse el error; así se explica que me haya sometido al Verbo sin crítica, sin examen y aun cuando las circunstancias me invitaban a dudar de él. Dos de mis primos

Sirmione chupaban manzanas de caramelo: «Es una purga», me dijeron en tono burlón; comprendí por el tono que se reían de mí; sin embargo, la palabra se incorporó a los palitos blancos, dejé de codiciarlos, pues me parecían un dudoso intermedio entre la golosina y la medicación.

Recuerdo, sin embargo, un caso en que la palabra no me arrebató mi convencimiento. En el campo, durante el verano, solían llevarme a jugar a casa de un primito lejano; vivía en una casa hermosa en medio de un gran parque, y yo me divertía bastante con él. «Es un pobre idiota», dijo una noche mi padre. Mucho mayor que yo, Cendri me parecía normal por el hecho de que me era familiar. No sé si me habían mostrado o descrito idiotas: les atribuía una sonrisa babosa, ojos vacíos. Cuando volví a ver a Cendri traté en vano de pegar esa imagen sobre su rostro; quizá en el interior de sí mismo, sin tener la apariencia, se parecía a los idiotas, pero me resistía a creerlo. Impulsada por el deseo de cerciorarme y también por un oscuro rencor contra mi padre que había insultado a mi compañero de juegos, interrogué a su abuela: «¿Es verdad que Cendri es idiota?», le pregunté. «¡No!», contestó con aire ofendido. Conocía bien a su nieto. ¿Era pues posible que papá se hubiera equivocado? Me quedé perpleja.

No quería mucho a Cendri y el incidente, si bien me asombró, me conmovió poco. No descubrí la ne-

gra magia de las palabras hasta que me mordieron en el corazón.

Mamá acababa de estrenar un vestido de color vistoso. Louise dijo a la criada de enfrente: «¿Ha visto cómo se ha emperifollado la señora? ¡Es una verdadera excéntrica!». Otro día Louise conversaba en el hall de entrada con la hija de la portera; dos pisos más arriba, mamá, sentada al piano, cantaba. «Ah —dijo Louise—, otra vez la señora que chilla como un hurón.» Excéntrica. Hurón. Esas palabras sonaban atrocemente en mis oídos; ¿cómo desarmarlas? Contra las demás personas yo sabía defenderme; pero ella era la justicia, la verdad, y mi respeto me prohibía juzgarla. No hubiera bastado negarle su buen gusto; para neutralizar su malevolencia había que imputarla a un ataque de mal humor y por consiguiente admitir que no se entendía bien con mamá; ¡en ese caso una de las dos tenía la culpa! No. Yo las quería a ambas sin tacha. Me apliqué a vaciar de su sustancia las palabras de Louise: sonidos extraños habían salido de su boca por razones que me eran ajenas. No lo logré completamente. En adelante, cuando mamá llevaba un vestido vistoso o cuando cantaba a voz en grito, solía sentir una especie de malestar. Por otra parte, sabiendo que no había que tomar en cuenta todas las palabras que decía Louise, ya no la escuchaba del todo con la misma docilidad que antes.

Dispuesta a esquivarme en cuanto mi seguridad me parecía amenazada, perseveraba complacida en

los problemas en los que no presentía peligro. El del nacimiento me inquietaba poco. Primero me dijeron que los padres compraban a sus hijos; este mundo era tan vasto y tan lleno de tantas maravillas desconocidas que muy bien podía haber una tienda de bebés. Poco a poco esa imagen se borró y me contenté con una solución vaga; «Dios crea a los niños». Había sacado a la tierra del caos, a Adán del barro, nada extraordinario que hiciera surgir un bebé en un moisés. El recurso a la voluntad divina tranquilizaba mi curiosidad: grosso modo lo explicaba todo. En cuanto a los detalles, yo me decía que poco a poco los iría descubriendo. Lo que me intrigaba era el cuidado de mis padres por ocultarme ciertas conversaciones: cuando me oían llegar bajaban la voz o callaban. Había por lo tanto cosas que yo hubiera podido comprender y que no debía saber: ¿cuáles?, ¿por qué me las ocultaban? Mamá prohibía a Louise que me leyera uno de los cuentos de Madame de Ségur: me hubiera podido dar pesadillas. ¿Qué le ocurría a ese chico cubierto de pieles de animales que veía en los grabados? Los interrogaba en vano. «Osito» me parecía como la encarnación misma del secreto.

Los grandes misterios de la religión eran demasiado lejanos y demasiado difíciles para sorprenderme. Pero el familiar milagro de Navidad me hizo reflexionar. Me pareció incongruente que el omnipotente niño Jesús se divirtiera en bajar por las chimeneas

como un vulgar deshollinador. Agité largamente la cuestión en mi cabeza y terminé por confiarme a mis padres que me confesaron la verdad. Lo que me sorprendió fue el hecho de haber creído tan sólidamente en una cosa que no era verdad, que pudiera haber certidumbres falsas. No saqué de ello conclusiones prácticas. No me dije que mis padres me habían engañado, que podrían seguir engañándome. Sin duda no les habría perdonado una mentira que me hubiera frustrado o herido; me habría sublevado y me habría vuelto desconfiada. Pero no me sentía más decepcionada que el espectador a quien el ilusionista explica uno de sus trucos, e incluso había sentido tal felicidad al descubrir junto a mi zapato a Blondine sentada sobre su baúl, que más bien les estaba agradecida a mis padres por su superchería. Quizá también les habría guardado rencor si no hubiera sabido la verdad por ellos; reconociendo que me habían engañado, me convencieron de su franqueza. Hablaban como a una persona mayor: orgullosa de mi nueva dignidad admití que se hubiera engañado al bebé que yo ya no era; me pareció normal que siguieran mistificando a mi hermana menor. Yo había pasado al bando de los adultos y presumí que en adelante la verdad me estaría garantizada.

Mis padres respondían con condescendencia a mis preguntas; mi ignorancia se disipaba en cuanto la formulaba. Había, sin embargo, una deficiencia de la que

yo tenía conciencia: a los ojos de los adultos, las manchas negras alineadas en los libros se convertían en palabras; yo las miraba: para mí también eran visibles y no sabía verlas. Me habían hecho jugar desde muy pronto con letras. A los tres años repetía que la o se llama o; la s era una s como una mesa es una mesa; yo conocía más o menos el alfabeto, pero las páginas impresas seguían callando. Un día brotó una chispa en mi cabeza. Mamá había abierto sobre la mesa del comedor el método Regimbeau; yo contemplaba la imagen de una vaca [*vache*] y las dos letras, *c*, *h*, que se pronunciaban *ch*. Comprendí de pronto que no poseían un nombre a la manera de los objetos sino que representaban un sonido: comprendí lo que es un signo. Aprendí enseguida a leer. Sin embargo, mi pensamiento se detuvo a mitad del camino. Yo veía en la imagen gráfica el exacto revés del sonido que le correspondía: emanaban juntos de la cosa que expresaban, de manera que su relación no tenía nada de arbitrario. La inteligencia del signo no implicó la de la convención. Por eso me resistí vivamente cuando la abuelita quiso enseñarme las notas. Me indicaba con una aguja de tejer los redondeles inscritos sobre un pentagrama; esa línea, me explicó, indicaba tal tecla del piano. ¿Por qué? ¿Cómo? Yo no veía nada común entre el papel rayado y el teclado. Cuando pretendía imponerme deberes injustificados, me rebelaba; también recusaba las verdades que no reflejaban lo abso-

luto. Sólo quería ceder a la necesidad; las decisiones humanas dependían más o menos del capricho, no pesaban lo bastante para forzar mi adhesión. Durante días me resistí. Terminé por rendirme: un día supe solfeo pero tuve la impresión de aprender las reglas de un juego, no de adquirir un conocimiento. En cambio, entré sin dificultad en la aritmética, pues creía en la realidad de las cifras.

En el mes de octubre de 1913 –yo tenía cinco años y medio– decidieron hacerme entrar en un colegio de nombre tentador: el colegio Désir. La directora de las clases elementales, la señorita Fayet, me recibió en un despacho solemne de puertas tapizadas. Mientras hablaba con mamá me acariciaba el pelo. «No somos institutrices sino educadoras», explicaba. Llevaba una blusa cerrada, una falda larga y me pareció demasiado empalagosa: me gustaba lo que ofrecía alguna resistencia. Sin embargo, la víspera de mi primera clase me puse a saltar de alegría: «¡Mañana voy al colegio!». «No siempre te divertirá», me dijo Louise. Por una vez se equivocaba, estaba segura de ello. La idea de entrar en posesión de una vida propia me embriagaba. Hasta entonces, había crecido al margen de los adultos. En adelante tendría mi cartera, mis libros, mis cuadernos, mis deberes; mi semana y mis días se recortarían según mis propios horarios; entreveía un porvenir que en vez de separarme de mí misma, se depositaría en mi memoria: de año en año

me enriquecería aunque siguiese siendo fielmente esa colegiala cuyo nacimiento celebraba en aquel instante.

No sufrí ninguna decepción. Todos los miércoles, todos los sábados, participaba durante una hora en una ceremonia sagrada cuya pompa transfiguraba toda mi semana. Las alumnas se sentaban alrededor de una mesa ovalada; entronizada en una especie de cátedra, la señorita Fayet presidía; desde lo alto de su marco, Adeline Désir, una jorobada que las altas esferas se ocupaban de hacer beatificar, nos vigilaba. Nuestras madres, instaladas en unos sofás de lustrina negra, bordaban y tejían. Según que hubiéramos sido más o menos juiciosas, nos otorgaban notas de conducta que al final de la clase recitábamos en voz alta. La señorita las escribía en su registro. Mamá me clasificaba siempre con diez; un nueve nos hubiera deshonrado. La señorita nos distribuía unos bonos que cambiábamos al final del trimestre por libros con canto dorado. Luego se plantaba en el marco de la puerta, depositaba un beso en nuestras frentes, buenos consejos en nuestros corazones. Yo sabía leer, escribir, contar un poco: era la estrella del grado «cero». Para las fiestas de Navidad me pusieron un vestido blanco ribeteado de un galón dorado e hice de niño Jesús: las otras niñas se arrodillaban ante mí.

Mamá supervisaba mis deberes y me hacía recitar cuidadosamente mis lecciones. Me gustaba aprender. La Historia Sagrada me parecía aún más divertida

que los cuentos de Perrault, puesto que los prodigios que relataba habían ocurrido de verdad. Me encantaban también los mapas de mi atlas. Me conmovía la soledad de las islas, la osadía de los cabos, la fragilidad de esa lengua de tierra que une las penínsulas a los continentes; conocí de nuevo ese éxtasis geográfico cuando, adulta, vi desde el avión a Córcega y a Cerdeña inscribirse en el azul del mar, cuando volví a encontrar en Calchis, iluminada por un sol verdadero, la idea perfecta de un istmo estrangulado entre dos mares. Formas rigurosas, anécdotas firmemente talladas en el mármol de los siglos: el mundo era un álbum de imágenes de colores brillantes que yo hojeaba con embeleso.

Si le tomé tanto gusto al estudio es porque mi vida cotidiana ya no me llenaba. Vivía en París, en un decorado plantado por la mano del hombre y perfectamente domesticado; calles, casas, tranvías, faroles, utensilios: las cosas, tersas como conceptos, se reducían a sus funciones. El Luxembourg con macizos intocables, césped prohibido, sólo era para mí un terreno de juego. Por momentos, un desgarrón dejaba entrever, tras la tela pintada, profundidades confusas. Los túneles del metro huían al infinito hacía el corazón secreto de la tierra. En el bulevar Montparnasse, sobre el emplazamiento que hoy ocupa La Coupole, se extendía un depósito de carbón Juglar, de donde salían hombres con los rostros embadurnados, las cabezas

cubiertas con bolsas de arpillera: entre los montones de coque y de antracita, como entre el hollín de las chimeneas, rondaban en pleno día esas tinieblas que Dios había separado de la luz. Pero yo no tenía ninguna vinculación con ellos. En el universo civilizado en que yo estaba encerrada, pocas cosas me asombraban, pues ignoraba dónde empieza y dónde termina el poder del hombre. Los aviones, los dirigibles que a veces atravesaban el cielo de París, deslumbraban mucho más a los adultos que a mí. En cuanto a las distracciones, no se me ofrecían muchas. Mis padres me llevaron a ver desfilar por los Campos Elíseos a los soberanos ingleses; asistí a algunos cortejos de Carnaval, y más adelante, al entierro de Gallieni. Asistí a procesiones, visité iglesias. No iba casi nunca al circo, rara vez a los títeres. Tenía algunos juguetes que me divertían: muy pocos me cautivaron. Me gustaba pegar los ojos al estereoscopio que transformaba dos fotografías anodinas en una escena de tres dimensiones, o ver girar en el cinetoscopio una banda de imágenes inmóviles cuya rotación engendraba el galope de un caballo. Me dieron una especie de álbum cuyas imágenes se animaban con un golpecito: la niña petrificada sobre sus páginas se ponía a saltar, el boxeador a boxear. Juegos de sombras, proyecciones luminosas: lo que me interesaba en todos los espejismos ópticos, era que se componían y se recomponían bajo mis ojos. En conjunto las enjutas riquezas de mi

existencia de ciudadana no podían rivalizar con las que encerraban los libros.

Todo cambiaba cuando salía de la ciudad y me llevaban entre los animales y las plantas, a los innumerables recovecos de la naturaleza.

Pasábamos el verano en el Lemosín, con la familia de papá. Mi abuelo se había retirado cerca de Uzerche, en una propiedad comprada por su padre. Tenía patillas blancas, una gorra, la Legión de Honor, tarareaba durante todo el día. Me decía el nombre de los árboles, de las flores y de los pájaros. Los pavos reales hacían la rueda ante la casa cubierta de glicinas y de begonias; en la pajarera, yo admiraba a los cardenales de cabecita roja y a los faisanes dorados. Cortada por cascadas artificiales, florecida de nenúfares, la «laguna inglesa», donde nadaban peces de colores, encerraba en sus aguas una isla minúscula que dos puentes de troncos unían a la tierra. Cedros, wellingtonias, hayas rojas, árboles enanos de Japón, sauces llorones, magnolias, araucarias, hojas perennes y hojas caducas, maticos, zarzales, malezas: el parque rodeado de un cerco blanco no era grande, pero tan diverso que yo nunca terminaba de explorarlo. Lo abandonábamos a mitad de las vacaciones para ir a casa de la hermana de papá, que se había casado con un hidalgo de los alrededores; tenían dos hijos. Venían a buscarnos en un gran carruaje tirado por cuatro caballos. Después del almuerzo de familia, nos instalábamos sobre los asientos de cuero

azul, con olor a polvo y a sol. Mi tío nos escoltaba a caballo. Al cabo de veinte kilómetros llegábamos a La Grillère. El parque, más vasto y más salvaje que el de Meyrignac, pero más monótono, rodeaba un desconchado castillo flanqueado de torrecillas y cubierto de pizarra. Tía Hélène me trataba con indiferencia. Tío Maurice, bigotudo, con botas, una fusta en la mano, tan pronto silencioso como enojado, me asustaba un poco. Pero yo me sentía a gusto con Robert y Madeleine, que tenían cinco y tres años más que yo. En casa de mi tía, al igual que en casa de mi abuelo, me dejaban correr libremente por el césped, y yo podía tocarlo todo. Cavando el suelo, amasando barro, quebrando hojas y corolas, lustrando castañas, reventando bajo mi tacón vainas henchidas de viento, yo aprendía lo que no enseñan ni los libros ni la autoridad. Conocía el botón de oro, el trébol, el polemonio azucarado, el azul fluorescente de las ipomeas, la mariposa, la vaca de san Antón, la luciérnaga, el rocío, las telas de araña y los hilos de la Virgen: aprendí que el rojo del muérdago es más rojo que el del laurel cerezo o del serbal, que el otoño vuelve los melocotones dorados y cobrizos los follajes, que el sol sube y baja en el cielo sin que se pueda ver su movimiento. El derroche de colores, de olores, me exaltaba. En todas partes, en el agua verdosa de los estanques, en el oleaje de las praderas, bajo los helechos cortantes, en el hueco de los matorrales, se escondían tesoros que yo ardía por descubrir.